

# Dédalo

(o el padre que empujó a su hijo  
a la locura)

Luis Lugo

*Un crítico grácil, esbelto y albino,  
de lánguido talle, los ojos asoma;  
el diestro, siniestro, y el vuelo ladino  
como una paloma.*

SALVADOR NOVO

EL CUERPO ES SÓLO UN VEHÍCULO que nos acerca hacia nuestro destino.

Utilizo el cuerpo de Jorge Cuesta y el de Ícaro, los levanto en un mismo trazo. Cada silueta es distinta: una es construida con las palabras; la otra, con carne. El destino de cada uno es distante, pero es el mismo.

El mito de Ícaro es la vida de un hombre. Cuesta es el hombre mismo vuelto mito. Ícaro y Jorge Cuesta comparten un destino similar, un destino particular. ¿Cuántos destinos se trazan desde las palabras? Cuesta e Ícaro son dos nombres unidos por su caída, dos locos que buscan fugarse: Ícaro intenta salir de un laberinto, tocar el sol; Cuesta, salir del laberinto de su cabeza, abandonarse.

Ícaro creado por un poeta. Cuesta es un poeta. Uno está inmerso en la ficción, y el otro pisó la tierra.

Cuesta, escritor incomprensible, loco, retraído, al que todos pedían permiso, el que se nombra con la palabra materia, del que se cree que su locura provino de un golpe en la cabeza, el que tenía alucinaciones e imaginó que su destino era un mito griego, el que creía portar el ADN de Ícaro.

El padre de Ícaro, Dédalo, le construye alas de cera; entrega su ciencia al hijo, inserta un secreto en su materia gris: caídas cíclicas. Hay un laberinto dentro de su cabeza, vive adentro, contempla algún muro durante horas. “No hay salida, sólo escapes”; escucha una voz. “Es más fácil dejar de buscar y fugarte”, le dice otra. “No salir por la puerta”... “Salir desde adentro”... “Desde tu cuerpo hacia fuera”... Las voces lo invaden. Se coloca las alas.

Néstor Cuesta, el padre del poeta, realiza experimentos para hacer más productivas las cosechas. Traduce algunas obras de Emerson. Sus experimentos lo acercan a la ruina. Transmite a Jorge Cuesta su vida, la instala en su materia gris; el poeta piensa en la experimentación científica de la vida. El padre exigente y dominante obliga al hijo a trabajar en la hacienda El potrero, lo acerca al laberinto de Córdoba. Forma el cuerpo de su hijo, lo moldea hacia su destino. El padre le enseña a hablar al hijo; de pronto, el hijo ya tiene su voz.

Están dentro de un laberinto, esperan fugarse el uno del otro, vaciar la sangre que los une. El padre lo empuja, coloca un secreto en el oído, le instala un mal en la cabeza, coloca alas de cera que se derriten en su cerebro, le transmite la ciencia. Cada vez que lo toca, el sol se esconde. Dédalo e Ícaro están dentro de un enorme laberinto: sus incontables pasillos y calles sinuosas, que parecieran no tener principio ni final, guardan su mutismo, sus silencios, sus gritos ahogados, su forma de querer salir de sus cuerpos.

Jorge Cuesta se dedica a la química, también es poeta. Sus poemas, que se creen incomprensibles, se traducen uniendo la química y la poesía, no desligándolas.

Jorge Cuesta se inscribió en la Facultad de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, se volvió el director de la revista universitaria *Ciencias Químicas*, trabajó como químico en la hacienda El Potrero, trabajó como técnico químico en la Sociedad de Productores de Alcohol, donde sería nombrado jefe de laboratorio. Hizo lo que su padre nunca pudo.

El laberinto quizá no exista, quizá esté dentro de la cabeza del padre, que imagina y ve adentro a su hijo.

¿Cuántos pasillos recorreremos? ¿Cuántas veces no hay salida de nosotros? Es el eco de cualquier laberinto.

Que el laberinto exista o no es lo que menos importa. Aquí lo que importa es salir, dejar atrás las huellas. Ícaro siente cómo crece el laberinto, cómo crece su cuerpo en él. El padre ve en él la insistencia de querer salir. Le pasa por la cabeza asfixiarlo, provocar su muerte; piensa en soluciones. El hijo ve distinto los ojos del padre. El padre lo empuja, le dice un secreto en el oído, le dice que saldrá volando.

Uno busca escapar; Jorge Cuesta lo intenta con la poesía, fue su forma de huir del laberinto del padre. La ciencia fueron los muros que edificó Néstor Cuesta, los introdujo en su cabeza. Vivió su hijo la locura. La poesía de Jorge Cuesta se armó con la voz del padre. Su poema *Canto a un dios mineral* inscribe su laberíntica vida, se construye con la idea de aproximarse a Dios por medio de la química de las cosas. Desde lo microscópico-universal. La poesía en Cuesta es el pretexto de lograr una salida. No se puede desligar la voz interna del padre. Logra ser libre hasta darle muerte al poema y con ello a su poesía.

Cuesta se lee a sí mismo, lo hace con un microscopio: ve los versos como células, como totalidad; lee cada línea como un muestrario de microscopio donde cada fragmento le revela algo distinto, se lee desde la materia desmenuzada de los versos. Reza tres líneas:

*El sabor que destila la tiniebla  
es el propio sentido, que otros puebla  
y el futuro domina.*

Ícaro sueña que se corta el sexo, que empieza a menstruar, que su cuerpo empieza a cambiar por el de una mujer. Su padre se acerca, lo penetra. Ícaro despierta. El padre ríe.

Entre las constantes alucinaciones de Cuesta, está la de intentar violar con el pensamiento a su hijo de nueve años. Fue un poeta de un solo poema, *Canto a un dios mineral*, el cual le costó la cordura. Escribió los últimos versos del *Canto...* minutos antes de ser internado en un sanatorio, escoltado por doctores que esperaron a que se arreglara y terminara su épico poema. Esa misma noche se ahorcó en el hospital. Tuvo una última alucinación: se creyó en medio del mito de Ícaro.

El pelo de Ícaro cae, el tiempo contagia su calvicie... Dios está en las arrugas que simbolizan un trazo en su rostro. Está harto del laberinto. Intenta suicidarse, golpear su cabeza contra los muros. Busca destrozar su cráneo, encontrar su propia salida. En un momento se desborda el ruido en su cabeza. Se empieza a sentir mal, intenta entender el mundo desde adentro. Pierde la cabeza. Se cree un ave.

Jorge Cuesta se emasculó, creyó que su cuerpo sufría cambios, que menstruaba.

Todo termina en una caída inevitable. Todo mito o historia concluye así. Ícaro se despidió del laberinto, traza tres versos en uno de sus muros, alza el vuelo con el padre atrás de él, se acerca al sol, se acerca tanto que comienza a caer.

Cuesta termina de escribir el *Canto a un dios mineral* en los muros de su cabeza. Busca caer sin el vuelo. Le aterran las alturas. Busca una caída sostenida. Lo internan en un sanatorio de la calle Tlalpan, donde se ahorca sin tocar el suelo. 